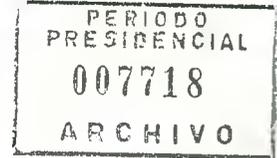


Quintero

Valparaíso 31 de mayo, 1991.



SEÑOR
PATRICIO AYLWIN AZOCAR
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Señor Presidente:

Ante todo, quisiera saludarlo en nombre de la Escuela de Castellano de la Universidad Católica de Valparaíso y en el mío propio. Quisiera manifestarle que me siento honrado de poder hablarle directamente y dirigirle esta misiva, a fin de darle a conocer el sentir de los compañeros que represento.

Hoy, frente a todo lo que hemos de construir, debemos reflexionar, volver la vista atrás y examinar exhaustivamente nuestra sociedad y nuestra intimidad. Esta visión retroactiva nos lleva, necesariamente, a los 17 años aciagos que vivió el país, a los siniestros días de los amedrentamientos, los secuestros, los degollamientos, las inmolaciones, los asesinatos, los cuarteles clandestinos, el horror, la tortura, los encarcelamientos arbitrarios, la represión, las desapariciones, las maquinaciones, los sistemas de espionaje, las delaciones.

Nuestro país, señor Presidente, era un mundo larvario en vías de descomposición donde una serie de valores fundamentales invertían sus símbolos, creando la confusión y el desconcierto. Cualquier manifestación en contra del Régimen Militar era sancionada fuertemente, lo cual demuestra la deformación cuasi-demoníaca del poder político de parte de una ominosa presencia del poder humano absoluto y su aniquiladora influencia. En los primeros años, la mayoría de los que hemos pasado la adolescencia y comenzamos una nueva etapa de nuestras vidas, contábamos con 5 a 10 años de edad. Muy poco podemos recordar, fragmentos o -quizás-

imágenes estáticas, congeladas como una fotografía en nuestras mentes; sin embargo, tuvimos que crecer un poco más, para darnos cuenta de que aquel taraceado no era una desesperada y laberíntica pesadilla, sino que algo mucho más cruel: la realidad de nuestro pueblo a ojos abiertos.

Ante tal situación, la juventud no pudo marginarse y actuó temeraria y consecuentemente. Las exigencias históricas no daban lugar a intereses mezquinos, a exclusiones. La lucha por nuestros ideales de libertad, justicia e igualdad -que aún perseveran e iluminan nuestras conciencias- era inminente e inexorable, derechos inalienables que fueron conculcados por más de una década.

Como toda magna empresa de defensa de los derechos del pueblo, tuvo un alto saldo de mártires. Basta recordar a los hermanos Vergara Toledo, a Rodrigo Rojas, a Mario Martínez; jóvenes que dieron su sangre y un ejemplo, el cual nos vemos obligados a recoger y a reivindicar en el momento que sea preciso. Las militancias particulares no son relevantes, cuando ellos son el recuerdo amargo de una herida que no ha sanado todavía.

Aquí no se trata de un borrón y cuenta nueva, la juventud está estigmatizada por estas laceraciones pero no derrotada. Sus esperanzas en un futuro diferente y más justo no han muerto, permanecen como un hálito de vida que se contrapone a tanto oprobio sufrido. Tenemos conciencia que las soluciones no pueden generarse del propio Gobierno solamente, sino que tienen que partir de la sensibilidad social de las bases de nuestra Patria.

El rol, a nuestro modesto parecer, que le cabe al Poder Ejecutivo del Estado -que Ud. preside- es el de canalizar, orientar y crear las instancias adecuadas de participación de todos, construyendo -de este modo- un sustrato de valores renovados que un día fueron trastocados

profundamente, modificando las anquilosadas estructuras que son herencia de la Dictadura más cruenta y prolongada que se ha cifrado en nuestra Historia. Así este campo se hace propicio para asentar, con firmeza y decisión, las raíces de la Democracia.

Mucho queda por hacer y es momento de comenzar. Mis palabras pueden perderse en la distancia que va del olvido al paplero, pese a ello -señor Presidente- yo sólo soy el eco de este clamor sordo que estoy tratando de transcribirle. Es cierto que se me pierden muchas ideas, porque ellas manan a raudales y se expanden por doquier, superando mis posibilidades. La juventud quiere colaborar en esta etapa de "reconstrucción" y tenemos las herramientas esenciales, pues creemos: en la convivencia pacífica, en la vida como derecho primordial, en todas las expresiones artísticas del hombre, en la cultura, en nuestras potencialidades, en nuestra alegría, en una sociedad con igualdad de oportunidades para todos, en la justicia, en la fuerza de los argumentos, en la libertad de expresión de las ideas. No obstante, señor Presidente, rechazamos de plano: la insidia, el engaño, la traición, los intereses particulares, el privilegio y la diferencia que da la desmedida acumulación de capital de algunos, la pobreza, la ignorancia, la explotación, la prostitución y drogadicción infantil, la cohesión ilegítima de todos aquellos que profesaron y fueron consecuentes con sus ideales, el silencio ante tanta injusticia y abusos cometidos, la delincuencia, la impunidad de criminales...

La juventud del último decenio del siglo ha de constituirse en la piedra angular del desarrollo de nuestro país. Somos un porcentaje pequeño los privilegiados de acceder a la Enseñanza Superior y eso implica, imperativamente, una clara responsabilidad. Hemos de ser el pivote, desde nuestra perspectiva educacional y formadora, para las posteriores generaciones, ser capaces de inculcarles el afán de superación personal en lo intelectual y en lo humano, ser la llave de entrada a las aulas -que ahora ocupamos- para los hijos de obreros y campesinos.

En definitiva, debemos abrirle el horizonte de expectativas a los que actualmente son niños, lo cual nos llevaría a cambios racales a nivel de superestructuras, vigorizando nuestras energías y anhelos para que, al fin, se concreten en forma sólida y tangible.

Muchas de las ideas son rayanas en la ilusión, sin embargo, como jóvenes no podemos dejar de soñar y de pelear por lo creemos. Nuestra intrínseca "rebeldía" nos motiva día a día a mantenernos en la vigilia, en la lucidez de la razón y en la voz de la sabiduría de los mayores, en la profundización de nuestras intransables convicciones y en la confianza de ser semillas de cambios en la sociedad.



MANUEL OÑAT P.
PRESIDENTE C.AA. DE CASTELLANO.
UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO.